

de su entendimiento. ¡Ah! bien se puede morir toda la humanidad; en su ciencia no hay *curas* ni aun para las más ligeras dolencias.

—Pero vamos, D. Juan, el médico si no cura, á lo menos visita.

—Verdad; ocasiones hay en que el enfermo padece mucho, y llama á Dios en medio de sus angustias. —¡Dios!.... dice el médico con desdén —medicamentos son los que hacen falta, no plegarias, ni sacramentos.—¡Me muero! exclama el enfermo.—Buena tontería, replica el médico.—Quiero confesar, añade con voz acongojada.—¡Confesar, repite el filósofo. ¡Bah! El que confiesa la paga. Ea, veamos el pulso. Y pulsando al enfermo, arquea filosóficamente las cejas y dice: Concentración de la vida, exaltación nerviosa. La naturaleza nos pide auxilio. Por de pronto, hay que alejar de aquí todo objeto que exalte la imaginación.... á las enfermedades no se las persuade con arrebatos místicos. El enfermo necesita mucho reposo, y no se le puede permitir que piense más que en su vida. Prohibo que entre aquí ninguna sotana, son negras y anuncian la muerte. Dicho esto, receta, y se va tan fresco. Pero la naturaleza estaba por lo visto de mal humor; se ríe formalmente de los recursos de la ciencia, y el enfermo se muere. El facultativo, si no ha podido devolver la salud al cuerpo, ha intentado por lo menos enfermarle el alma. Y el llanto sobre el difunto. El caso no es raro; y no lo es tampoco que, aquel mismo día, el *doctor filósofo* desenvuelva en el Ateneo, en el casino, en la cátedra ó en las columnas de un periódico cualquiera, el siguiente *profundo* tema: «Influencia perniciosa de las supersticiones clericales, en el desarrollo de las enfermedades»; ó, en términos más claros: «la impiedad es higiénica».

—Todo esto es muy cierto, por desgracia, D. Juan.

—Y propio de la *civilización á la dernière*. Sin embargo, abundan las excepciones, y constituyen las más honrosas y legítimas los médicos cristianos, tan amantes de la tranquilidad de conciencia, como del verdadero saber. Claro está que con ellos no reza lo dicho.

—Es evidente. A Dios, don Juan.

—*Au revoir.*

MEDITACIÓN

Yo ví un día nacer á la mañana
Una rosa lozana